



Andamios. Revista de Investigación  
Social

ISSN: 1870-0063

revistaandamios@uacm.edu.mx

Universidad Autónoma de la Ciudad de  
México  
México

Tapia Zúñiga, Pedro C.

La muerte en la Odisea de Homero

Andamios. Revista de Investigación Social, vol. 14, núm. 33, enero-abril, 2017, pp. 23-44

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62849641003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## LA MUERTE EN LA *ODISEA* DE HOMERO

Pedro C. Tapia Zúñiga\*

RESUMEN. El objetivo de este artículo es presentar un bosquejo de lo que Homero dice de la muerte en la *Odisea*, mediante una colación de los conceptos más significativos (*thánatos*, *thanein*, *moira*, *kér*, *phónos*). Se distingue entre el morir, la muerte y el modo de morir como realidades racionalmente distintas, aunque íntimamente ligadas entre sí. En tal forma, se explora qué pensaba Homero y qué se pensaba en su tiempo sobre la muerte y el más allá. Al final, se presentan algunas referencias que hacen los principales personajes de la *Odisea* respecto al morir y a la muerte para sugerir que quizá la muerte no es el gran mal, sino sólo uno de los mayores y, de éstos, el menos temible.

PALABRAS CLAVE. Homero, *Odisea*, muerte, morir, *moira*.

## DEATH IN HOMER'S *ODYSSEY*

ABSTRACT. The aim of this paper is to present an outline of what Homer says about death in the *Odyssey* through a collation of the most significant concepts (*thánatos*, *thanein*, *moira*, *kér*, *phónos*). It distinguishes between dying, death and the way of dying as different rational realities, although they are intimately linked. In this way, the paper explores what Homer thought and what was thought at his time about death and the afterlife. In the end, some references made by the main characters of the *Odyssey* about dying and death are presented and it is suggested that death might not be the ultimate evil, but only one of the greatest and not the most frightening.

KEY WORDS. Homer, *Odyssey*, death, dying, *moira*.

\* Investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM. Correo electrónico: ptapia@unam.mx

*Cuando los feacios, recostándose, alzaban el mar con sus remos,  
a Odiseo le caía un sueño indomable en los párpados,  
profundo, dulcísimo, muy semejante a la muerte.*

Homero, *Odisea*, XIII, 78-80.

## I

Según cuenta Arriano en las *Selecciones* que hizo de su maestro Epicteto, éste, en el siglo II de nuestra era, escribió: “No perturban a los hombres las cosas, sino las opiniones acerca de las cosas; así, la muerte no es algo terrible (si lo fuera, así le habría parecido también a Sócrates), sino la opinión acerca de la muerte; porque la opinión sobre ésta es terrible, aquella parece algo terrible”.<sup>1</sup> Y ciertamente, según cuenta Platón, a Sócrates no le parecía terrible la muerte; casi al final de su *Apología*, dijo a los que lo condenaron: “es necesario que también vosotros, señores jueces, estéis bien esperanzados por lo que toca a la muerte, y que penséis una cosa como verdadera: que no existe ningún mal para el hombre bueno, ni durante su vida ni en su muerte”.<sup>2</sup> Estos dos comentarios suponen que, en el imaginario de los griegos, la muerte era algo terrible, el mayor mal para los seres humanos; de hecho, en el *Fedón*, Sócrates, dirigiéndose a Simmias, pregunta: “¿Sabes que todos los demás hombres piensan que la muerte está entre los males mayores?”.<sup>3</sup>

En las siguientes líneas se presenta un bosquejo de lo que Homero dice de la muerte en la *Odisea*, mediante una colación más o menos estructurada de los conceptos más significativos (*thánatos*, *thanein*, *moira*, *kér*, *phónos*); para su interpretación religiosa o mitológica, el lector puede recurrir a otros trabajos (Nilsson, 1941, 1950; Burkert, 2007; Vernant, 2001).

<sup>1</sup> Cf. Epicteto (1916, cap. 5: 1): ταράσσει τοὺς ἀνθρώπους οὐ τὰ πράγματα, ἀλλὰ τὰ περὶ τῶν πραγμάτων δόγματα· οἷόν ὃ θάνατος οὐδὲν δεινόν (ἐπεὶ καὶ Σωκράτης ἂν ἐφαίνετο), ἀλλὰ τὸ δόγμα τὸ περὶ τοῦ θανάτου, διότι δεινόν, ἐκείνο τὸ δεινόν ἐστίν.

<sup>2</sup> Cf. Platón (1995: 41d): ὑμᾶς χρεῖ, ὦ ἄνδρες δικασταί, εὐέλπιδας εἶναι πρὸς τὸν θάνατον, καὶ ἐν τῇ τούτῳ διανοεῖσθαι ἀληθές, ὅτι οὐκ ἔστιν ἀνδρὶ ἀγαθῷ κακὸν οὐδὲν οὔτε ζῶντι οὔτε τελευτήσαντι.

<sup>3</sup> Cf. Platón (1995: 68d): Οἶσθα, ἦ δ' ὅς, ὅτι τὸν θάνατον ἡγοῦνται πάντες οἱ ἄλλοι τῶν μεγάλων κακῶν.

## II

La muerte, en griego *thánatos* —un personaje masculino—, es mencionada en la *Odisea* 59 veces. Donde más se encuentra es en el Canto xxiv, sin que esto implique que aquí haya información novedosa sobre el tema, es decir, información que no se encuentre en los otros 23 cantos. En esos versos en que nombra a la muerte, Homero nunca la define, sólo la califica, o la usa como especificativo de algo. La califica como *asaz pesarosa, negra, a todos común, muy aflictiva, mala, horrible, mísera, misérrima, semejante al sueño profundo*. La usa como especificativo al hablar de la *moira* (fatal) *de la muerte*, de la *nube sombría de la muerte*, del *hado de muerte*, de *dientes repletos de muerte*, del (horrendo) *final de la muerte*. Unos siglos después, Platón, preguntando, afirmará que se llama muerte “la liberación y separación del alma desde el cuerpo” (mucho más claro en griego: λύσις καὶ χωρισμὸς ψυχῆς ἀπὸ σώματος),<sup>4</sup> y Aristóteles, definiendo, dirá *ho thánatos peras*, “la muerte es el final (de la vida)”, definición que, de algún modo, nos recuerda el *telos thanátou* de Homero, “el final de la muerte”.

En realidad, cuando Homero habla del *télos thanátou*, sólo se refiere al “cumplimiento de la muerte”; él usa *télos*, por ejemplo, cuando se refiere a la realización de un feliz retorno a casa, diciendo que Odiseo deseaba “el final de un dulce retorno”; o como cuando Afrodita fue al Olimpo a pedirle a Zeus el *cumplimiento* de las bodas de las hijas de Pandáreo, o como cuando el mendigo Odiseo, tras ser golpeado por Antínoo, le desea la muerte: “si en algún lugar, de los mendigos hay dioses y furias, / que antes de su boda alcance a Antínoo *el final de la muerte*” (Homero, 2014: xvii, 475-476),<sup>5</sup> es decir, que se le cumpla su muerte antes de que se le cumpla su boda con Penélope.

Por lo demás, según Homero, se puede hablar de una “muerte suave”, o pedir una “muerte limpia”; pero, a final de cuentas, dice: “todas las muertes son horribles para los pobres mortales, mas morir

<sup>4</sup> Cf. Platón (1995: 67d). La misma definición o descripción puede verse en Platón (1922: 524b).

<sup>5</sup> Las traducciones de la *Odisea* están tomadas de Homero (2014), edición de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.

y encontrar la suerte por hambre es lo más miserando”. Quizá esta expresión sólo obedece al hecho de que quien la dice está realmente en peligro de muerte por falta de alimento; lo mismo podría decir quien sufre: todos los dolores son horribles, pero éste que me aqueja es el más miserable. Según Homero, la muerte de Anticlea, la madre de Odiseo, fue la más horrible: ella, al morir, le causó aflicción a su esposo Laertes y lo puso en vejez prematura; como le cuenta Eumeo a Odiseo: “ella murió de tristeza por su hijo glorioso, / con mísera muerte; ojalá no muriera así quien conmigo / habitando aquí, es un amigo y actúa como amigo” (Homero, 2014: xv, 358-360). Esta información del porquero coincide con la que le dio la misma Anticlea a su hijo Odiseo en el Hades, en el inframundo, cuando él la interroga acerca de su muerte, ella responde:

tu padre yace afligido, y él aviva más la pena en su pecho, / tu retorno deseando; no, “ni enfermedad alguna me vino, la cual, sobre todo / por horrible consunción de los miembros, la vida nos quita, / mas, ilustre Odiseo, mi anhelo de ti y tus cuidados / y tu urbanidad, me arrancaron la vida dulce cual miel (2014: xi, 200-203).

Quizá no sabremos cuál es para Homero la peor de las muertes —hablamos de *thánatos*—; lo que sí sabemos es lo que entonces se pensaba de la muerte y, sobre todo, de lo que hay, o puede haber, después de la muerte. Nos lo dice por boca de Aquiles, conversando en el Hades con Odiseo. El marco de esa plática es la visita de Odiseo al inframundo para consultar el alma de Tiresias, “el ciego adivino del cual está firme la mente; / a él, aun muerto, Perséfone dio inteligencia, de modo / que sólo él fuera juicioso; los otros vagan cual sombras” (2014: xi, 493-495). Esta visita al Hades es sombría, lúgubre y pavorosa; así nos la cuenta Homero por boca de Odiseo, que siempre llora. “Al primero que encontré” —dice— “fue a mi compañero Elpénor, en las puertas del Hades”,<sup>6</sup> y “yo, al verlo, lloré”; poco después pudo mirar

---

<sup>6</sup> Elpénor murió en el palacio de Circe, cuando Odiseo y los suyos partían hacia el Hades; dadas las prisas de la partida, ahí lo abandonaron, y nadie puede entrar al Hades si no es

a su madre Anticlea, y, antes de platicar con ella, nos dice: “yo, al verla, lloré; mi madre, lamentándose, me dirigió estas palabras aladas”; después, “vino el alma del hijo de Atreo, Agamenón, triste; yo, al verlo, lloré”. “Él y yo” —nos cuenta— “estábamos así, intercambiando horribles palabras, tristes, vertiendo muchísimas lágrimas”. Semejante a éstos es su encuentro con Heracles que, lamentándose, le dirigió palabras aladas, unas que añoraban la vida sobre la tierra. El final de esta visita al Hades coincide con el pánico de Odiseo; él quería ver a otros y platicar con ellos, pero —nos dice— “se juntaron innumerables razas de muertos / con vocerío asombroso, y un pálido miedo me asía” (2014: xi, 632-633); un miedo que lo puso pálido y en fuga, y lo obligó a volver al mundo de los vivos.

En este ambiente de lágrimas, lamentos y tristezas, Odiseo intenta consolar a Aquiles, el dichosamente encomiado por Agamenón en el último libro de la *Odisea*: “Dichoso hijo de Peleo, semejante a los dioses, Aquiles, / que moriste en Troya” —y podría haber agregado—, “como bien lo sabías y nunca temiste”. Vale la pena leer un fragmento de la conversación de Odiseo con Aquiles, recordando que, lo que por ahora interesa, es ver qué se pensaba de la muerte y del más allá:

¡Aquiles,  
ningún hombre, ni antes, más dichoso que tú, ni después!  
Pues antes, cuando vivías, igual que a los dioses te honramos  
los argivos, y hoy, ampliamente imperas entre los muertos,  
estando acá; por eso, de haber muerto no te aflijas, Aquiles.  
Así hablé, y él al punto, respondiendo, me dijo:  
“¡Vamos, no quieras dorarme la muerte, ilustre Odiseo!  
Preferiría, estando en la tierra, trabajar a sueldo para otro,  
para un hombre sin suerte, que no tuviera muchos recursos,  
más que reinar entre todos los muertos, que han perecido...”  
(2014: xi, 482-491).

---

sepultado; por cierto, también según este pasaje, si alguien no sepulta a alguien, se hace merecedor de la ira divina. Sobre el caso de Elpénor, cf. Homero, 2014: x, 552-569, y xi, 51-80.

Valga recordar que este Aquiles de la *Odisea* no sólo vive en otro mundo, sino *habla* en otros tiempos, muy distintos de los tiempos y las costumbres de la *Iliada*, en los cuales, como todo héroe, debía ser fiel a los ideales del honor y la gloria, en un mundo heroico donde no hay más allá después de la muerte. En la *Odisea*, Aquiles añora la vida, aunque no sea heroica; en la *Iliada* sólo puede ser seco o —para no decir petulante— ingenuo, al hablarle a un joven troyano que le suplicaba por su vida, antes de sacar su espada de dos filos y hundírsela totalmente en la clavícula, junto al cuello:

Amigo, muere tú también, ¿por qué así te lamentas?  
Murió también Patroclo, quien mejor que tú era con mucho.  
¿No ves de qué manera yo mismo soy bello y grande?  
De padre noble soy, y me engendró una diosa, mi madre;  
pero también sobre mí están la muerte y el fuerte destino;  
será la aurora o el crepúsculo o el día a su mitad,  
cuando, en Ares, alguno de mí quite el alma,  
o golpeándome él con el asta, o, desde la cuerda, con flecha  
(Homero, 2005: xxi, 106 y ss.).<sup>7</sup>

Ciertamente el morir, la muerte y el modo de morir son realidades racionalmente distintas, pero tan cercanas unas a otras, que casi se confunden: la muerte implica el morir, y el morir conlleva la muerte y una forma específica de morir. Con frecuencia usamos esas palabras como sinónimos, y ya Aristóteles tuvo que ocuparse de ello, y distinguir terminológicamente dichos fenómenos. Como tomando algo de la sabiduría homérica sobre la muerte, Aristóteles dice: “el nacimiento y la muerte son algo común para todos los vivientes, pero los modos de morir difieren en cuanto a su forma”.<sup>8</sup> En Homero, una cosa es la muerte, y otra, el modo de morir; a veces también él parece confundir estas realidades; sin embargo, cabe decir que, en general, las distingue bien, aunque nosotros las confundamos, como cuando, por ejemplo, él

<sup>7</sup> Mediante “Ares”, por metonimia, Homero se refiere a la guerra.

<sup>8</sup> Aristóteles (1837: 478b): “Ἔστι μὲν οὖν πᾶσι τοῖς ζῴοις κοινὸν γένεσις καὶ θάνατος, οἱ δὲ τρόποι διαφέρουσι τῷ εἶδει.

habla de *el thánatos*, y entendemos “la muerte”; él habla de *la moira*, y traducimos “la muerte”; él habla de *kér*, y decimos “la muerte”; y no es del todo falso lo que entendemos y el modo cómo lo traducimos; sin embargo, si Homero distingue, vale la pena recordar a qué se refiere con cada una de esas palabras, y con otras.

De que Homero a veces parece confundir las cosas puede dar testimonio el parlamento de Euríloco citado anteriormente: “todas las muertes son horribles para los pobres mortales, mas morir y encontrar la suerte por hambre es lo más miserando”; aquí, uno podría esperar algo así: “todas las formas de morir son horribles, pero morir de hambre...” Quizá es más clara la confusión cuando, al final del Canto iv, enterada Penélope de la partida de su hijo Telémaco, se pone histérica al pensar en todos los peligros a que se ha expuesto su hijo, y su nodriza Euriclea intenta consolarla diciendo:

lavándote, poniendo en tu cuerpo limpios vestidos  
y subiendo al piso de arriba con tus mujeres sirvientas,  
implora a Atenea, la hija de Zeus, que la égida tiene,  
pues ella, luego, *lo puede salvar de la muerte inclusive*  
(2014: iv, 750-753; cursivas mías).

Aquí, Euriclea, queriendo consolar a Penélope, exagera, y ello se entiende merced a ese contexto consolatorio de su parlamento; no se refiere a la muerte, sino a los peligros de muerte. Una confusión semejante se da en el Canto iii, en la conversación que tiene lugar entre Telémaco, Néstor y Atenea: Telémaco busca a su padre, pero casi con la convicción de que está muerto: “Méntor, ya no hablemos de eso, aun estando afligidos; / para aquél, ya no es verdadero el retorno, ya le pensaron / los inmortales dioses su muerte y su negro destino” (2014: iii, 240-242); Néstor también teme que Odiseo esté muerto, pero abre la posibilidad consolatoria de que viva, vuelva y castigue a los pretendientes. Telémaco contradice a Néstor, y Atenea le reprende su pesimismo diciendo que es posible que los dioses *salven* a Odiseo, y que éste vuelva, pero... También es posible que esté muerto, como Néstor teme y presiente Telémaco, al responder que ni los dioses podrían hacerle ese milagro:



A su vez, el juicioso Telémaco le dijo en respuesta:

“¡Anciano, de ningún modo creo que esa palabra se cumpla: dijiste algo muy grande, el pasmo me tiene! Aunque lo espero, eso no podría ocurrirme, *ni si así lo quisieran los dioses*”.

Le contestó a su vez la diosa ojiglauca Atenea:

“¡Telémaco, qué palabra huyó de ti, del redil de tus dientes!

*Fácil, si quiere, un dios salvaría aun desde lejos a un hombre.*

Yo preferiría, aun sufriendo muchos dolores,

llegar a mi casa y ver el día del retorno,

más que, llegando, morir en mi hogar, cual muriera

Agamenón, con dolo, a manos de su propia esposa y Egisto.

*Mas, sin duda, a la muerte, a todos común, ni los dioses*

*pueden alejarla*, ni de un hombre querido, cuando ya a éste

lo alcanza la moira fatal de la muerte asaz pesarosa” (2014: III, 225-238; cursivas mías).<sup>9</sup>

### III

¿Qué palabra usa Homero cuando nosotros pensamos en el verbo “morir”? Usa varias, y nunca se ocupa de definir las; parece que tiene bien claro que la muerte es lo más natural, algo evidente, algo que no necesita definición; es como si pensara simplemente que morir es morir, y que eso es fácil que lo entienda cualquiera; algo que está a nuestro lado desde que nacemos; por eso hace que, ya en el Hades, Aquiles, ante la llegada imprevista del asesinado Agamenón, inmisericordemente imagine los hechos y le diga: “Sin duda, también ante ti prematura debió de acercarse / la moira fatal, la que nadie evita una vez que ha nacido” (2014: xxiv, 28-29).

Si en estos versos, alguien, ante “la moira fatal” entiende “la muerte”, no entiende muy mal, pero Homero habló de la *moira*, no del *thánatos*. Se decía que Homero usa varias palabras para referirse al morir; como la palabra que más usa para muerte es *thánatos*, la que más usa para

---

<sup>9</sup> Confusiones semejantes pueden notarse cuando Homero habla de evitar, huír o sortear la muerte; cf., por ejemplo, IV, 789; V, 387; IX, 61, 467; XII, 157; XVI, 21, etcétera.

morir es *thaneîn* y sus compuestos:<sup>10</sup> “morir, morirse, estar muerto, ser difunto”. Una ligera revisión de este verbo en Homero justifica, entre otras, las siguientes observaciones.

En la *Odisea*, Homero usa *thaneîn* 63 veces, recurriendo a 28 formas distintas. Quizá vale la pena anotar que, en un gran porcentaje, usa este verbo en su tiempo perfecto; en tal forma, sólo se nos dice que alguien *está muerto*, *ha muerto*, *ya está muerto*, *aún no está muerto* y, consecuentemente, que *es un muerto*, que *es un difunto*. Y todos sabemos lo que eso significa. Igual que nosotros, Homero sabe y, quizá ingenuamente, expresa la oposición entre vida y muerte: alguien *vive* o *ha muerto*, algunos *están vivos*, o bien, *están muertos*. Quizá nos resulte un tanto novedoso oír que Homero especifica: si alguien está vivo, está en casa, o está sobre la tierra y “mira la lumbre del sol”; si alguien está muerto, se ha ido a la casa de Hades, está en el Hades, y es muy raro que alguien vaya al Hades dos veces: Homero sabe que sólo se muere una vez; por eso es famoso, o jocosos, el parlamento con que Circe saluda a Odiseo y a sus compañeros, cuando vuelven del inframundo: “temerarios, quienes a la casa de Hades vivos bajasteis; / BIMORTALES, cuando otros hombres mueren una única vez” (2014: XII, 21-22; cursivas mías).<sup>11</sup>

¿Qué se hace en el Hades? Según Homero, se sufre el castigo de las fechorías, o se hace lo mismo que se hacía sobre la tierra, aunque bajo otras circunstancias: ya vimos que Aquiles, reinando, igual que sobre la tierra, en el inframundo, prefería estar en la tierra, aún trabajando a sueldo para otro.

Homero usa con frecuencia la expresión “morir y encontrar la suerte” y, en forma semejante, “ojalá hubiera muerto yo y encontrado mi suerte”. En las dos expresiones, se trata de la palabra griega *pótmōs*, un sustantivo emparentado con el verbo *píptō*, “caer”, de manera que

<sup>10</sup> Cf. Leopold (1999: s. v.): *θνήσκω, ἀποθνήσκω, ἐκθνήσκω* y *καταθνήσκω*. Se dice que, etimológicamente, *thána-(tos)* y *than-(eîn)* tienen correspondencias cercanas con el indú antiguo, con ciertas formas verbales que significan “desaparecer / apagarse / (quedar) obscuro”; de manera que sus significados “muerte / morir” se basan en un eufemismo, como cuando hoy, en lugar de decir que alguien “se murió”, decimos que “se acabó”. Cf. Hjalmar Frisk (1973: s. v.).

<sup>11</sup> Sobre personajes que pudieron regresar del Hades, puede recordarse a Orfeo, Teseo y Heracles; entre los romanos, a Eneas.

*pótmōs* es “lo que cae sobre alguien” y, naturalmente, pueden caer sobre alguien muchas cosas —desde el techo de su casa, hasta un rayo y el deslave de un monte, que son o pueden ser mortales—, pero Homero, el padre de los epítetos que denotan las sustancias, mediante *pótmōs* se refiere siempre *al caso definitivo*, el substancial, el último: el de la muerte.

En la *Odisea* mueren muchos —naturalmente, menos que en la *Ilíada*—: muere, por ejemplo, la madre de Odiseo; se nos cuenta que murieron muchos en Troya (o después de la guerra); muere la nodriza de Eumeo; muere Argos, el perro de Odiseo; mueren los pretendientes de Penélope, todos, e incluso se presagia la muerte de Odiseo. Todos pueden morir, y se nos informan algunos modos: morir *de hambre*, morir *de tristeza*, morir *a cuchillo*, e incluso morir *de risa*; pero eso de los modos es otra cuestión. Por ahora, para terminar el bosquejo sobre *la muerte y el morir*, y pasar a otro asunto, valga recordar lo que se decía anteriormente, que Homero no da definiciones; sin embargo, cabe apuntar que con frecuencia se nos habla de “la moira fatal de la muerte”,<sup>12</sup> en donde, si cambiamos los términos o los interpretamos razonablemente, podemos pensar que, para Homero, “la muerte es la moira fatal” del ser humano, o mejor dicho, de todos los vivientes.

#### IV

Quizá esta posible definición de la muerte nos ha hecho creer que la moira siempre es así, “fatal”, y equivalente a la muerte. Ciertamente la muerte es la moira fatal del ser humano, pero hay otras moiras, y no todas son fatales. Sabemos que los sustantivos griegos *méros*, *móros* y *moîra*, “parte / porción”, están emparentados con el verbo *meîromai*, “recibir como parte / como porción”. El verbo latino correspondiente, *mereo*, “merecer”, puede aclarar el significado del verbo *meîromai*, y los sustantivos *polímero* y *polimerización*, el significado de los sustantivos *méros* y *moîra*. La moira, pues, es la parte, o porción que recibimos, y, porque la recibimos, es nuestra y la merecemos. Por eso, en la *Odisea*,

<sup>12</sup> μοῖρ' ὀλοή ... θανάτοιο, cf. Homero, 2014: II, 100; III, 238; XIX, 145; XXIV, 135.

Homero, hablando del invitado a un banquete, puede decir: “una *moira* de carnes pusieron ante él los sirvientes” (2014: xvii, 258), o que el mesero “tomando una *moira*, y sacando pan de un canasto, se los servía” (2014: xvii, 335),<sup>13</sup> o que algún comensal, ante su *moira* estaba sentado, o que algo es *moira* de alguien, es decir, que alguien tiene algo como parte asignada, que algo está destinado para él. De acuerdo con el contexto, puede entenderse y traducirse mediante *moira*, *porción*, *parte*, *medida*, *orden*, *botín*, *destino*, *muerte*, *hado*.<sup>14</sup> Nos son más o menos familiares los tratados griegos *peri heimarménēs*;<sup>15</sup> son tratados “acerca de la *moira*” del ser humano, *acerca del destino*. Por lo demás, *heimar-méne* es el participio perfecto del verbo *meiromai*, cuyos viejos radicales *μερ(j)- / σμρ-* explican la reduplicación *ει-*, a partir de *σε-σμο-*.

Examinando los pasajes de la *Odisea* en que Homero usa la palabra *moira*, pueden notarse, sin duda entre otras, las siguientes peculiaridades:

a) Se trata de la *moira theōn*, es decir, de “la *moira* de los dioses”, en el sentido de que los dioses otorgan a los hombres su *moira*, sus respectivas *moiras*, buenas y malas, *moirán t’ ammorien* —dice Homero—, y podríamos decir “*moiras* y *desmoiras*”, porciones buenas y porciones malas, venturas y desventuras de los hombres mortales.<sup>16</sup> Es la *moira* de los dioses la que obligó a Clitemnestra a convertirse en adúltera; antes, ella rehusaba la acción indecente, pues un ánimo noble tenía; y luego, apunta Homero, “Egisto, según su deseo, a la deseosa condujo a su casa” (2014: iii, 265 y ss.).

<sup>13</sup> Pueden verse otras expresiones semejantes en iii, 40, 66; iv, 97; viii, 470; xi, 534; xv, 140; xx, 281, 293, etcétera.

<sup>14</sup> Por pura curiosidad, anotemos que son varias las palabras griegas que pueden entenderse y traducirse mediante “hado (destino)”, *fatum* en latín, pero la más socorrida es *móros* (μόρος), tras la cual cabría enlistar *moira* (μοῖρα). Después de éstas, en orden alfabético y a veces metafóricamente, se usan *aísa* (αἴσα), que es la más cercana a la Parca; *anánke* (ἀνάγκη), la necesidad, el hado; *harmonía* (ἁρμονία); *daímon* (δαίμων); *rótmōs* (ρότμος); *tálanton* (τάλαντον); *chréōs* (χρέος); *chréō* (χρεώ).

<sup>15</sup> Cf. (Pseudo)-Plutarco (1996), *Περὶ εἰμαρμένης* o, también, Alejandro de Afrodisia (2009), *Περὶ εἰμαρμένης*, ambos disponibles en la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.

<sup>16</sup> Cf. *Odisea*, xx, 76: *μοῖράν τ’ ἀμμορίην τε καταθηγῶν ἀνθρώπων*.

Hacia el final del poema, tras la matanza de los pretendientes, Odiseo pide que llamen a su nodriza Euriclea; ésta, al llegar a la sala y ver los cadáveres y la sangre innarrable de los pretendientes, quiso ulular de júbilo —como celebrando la proeza de Odiseo—, pero, nos cuenta Homero:

Odiseo la contuvo y detuvo...  
y él, alzando la voz, le dirigió estas palabras aladas:  
“En tu alma, anciana, goza, y contente, no ulules de júbilo;  
no es piadoso jactarse sobre hombres que están acabados.  
*A éstos sometió la moira divina y sus crueles acciones...* (2014:  
xxii, 409-413; cursivas mías).<sup>17</sup>

b) Asignada una moira a alguien, nadie puede quitarla, ni los dioses mismos; por eso, por ejemplo, cuando el cíclope Polifemo, ya ferientemente cegado en su antro, le suplica a su padre Posidón que, castigando a Odiseo, *no le permita retornar a su casa y ver a los suyos*, recuerda esta característica de la moira y cambia su plegaria mediante un tono adversativo condicional:

Así dije, y él, luego, al señor Posidón  
imploraba, ambas manos tendiendo hacia el cielo estrellado:  
“Escucha, peliazul Posidón que recorres la tierra:  
si en verdad soy tuyo, y te precias de que eres mi padre,  
da que Odiseo, destructor de ciudades, no llegue a su casa,  
el hijo de Laertes, el que en Ítaca tiene su casa.  
*Mas si está destinado* que vea a sus amigos y llegue  
a su casa, que está bien construida, y a su tierra paterna,  
que vuelva tarde, mal: perdiendo a todos sus compañeros,  
en nave extranjera, y encuentre ahí, en su casa, infortunios”  
(2014: ix, 526-535; cursivas mías).

---

<sup>17</sup> Puede verse la misma peculiaridad cuando leemos: “la dura *moira* de un dios lo impidió” (xi, 292); “no existe algún otro culpable, / mas Zeus al ejército de los dánaos armados con lanzas / odió terriblemente, y te impuso su *moira*” (xi, 560); “en cada cosa pusieron *medida* / los inmortales a los mortales” (xiv, 592).

Era moira de Odiseo volver a casa y ver a los suyos; el cíclope no tenía por qué saberlo, pero supuso dicha posibilidad, y sabía que la moira es inalienable; por lo mismo, cambió su plegaria: si el retornar a casa es moira de Odiseo, pues ni hablar, que retorne, pero que vuelva tarde y mal y perdiendo a todos sus compañeros, etcétera. Y su padre, el dios Posidón, le concedió todo eso, pero no la privación del retorno, que era parte de la moira de Odiseo, y en cuya asignación él mismo —quién sabe cuándo y cómo— había estado presente y de acuerdo, según oímos de su propia boca: “también opiné que Odiseo, tras sufrir muchos males / volviera a su casa —jamás le sustraje el retorno / del todo” (2014: XIII, 131-133).<sup>18</sup>

c) Se pueden decir y hacer cosas *katà moīran* —proporcionalmente, según la medida, es decir, con orden, ordenadamente—; el cíclope Polifemo, por ejemplo, era muy ordenadito en sus tareas cotidianas: “al mostrarse Eos que nace temprano, con dedos rosados, / entonces fuego encendía, y ordeñaba sus nobles rebaños /” —todo con orden—, “y abajo a cada una le puso su crío”;<sup>19</sup> sin embargo, al atrapar, matar y tragarse a sus huéspedes *no obra katà moīran*.<sup>20</sup> Se pueden decir cosas *parà moīran* —al lado de la medida, es decir, sin medida, inadecuada, impropiamente—; es simpático, por ejemplo, ver al porquero Eumeo sucumbiendo ante la potencia narrativa de Odiseo que le inventa una sarta de mentiras sobre su vida y sobre su regreso a Ítaca. Cuando éste termina su narración ficticia, pero verosímil, el porquero le responde cándidamente: “Oh anciano, es intachable el relato que has referido, / y aún no has dicho *impropia* ni inútilmente ninguna palabra”.<sup>21</sup> Y, finalmente, también es posible actuar *hypèr móron* —“allende el destino”:

<sup>18</sup> Por cierto, también la estancia de Odiseo en el país de los feacios era parte de su moira, según se nos informa en el Canto v, 343-345; ahí, Leucotea le dice al náufrago Odiseo: “tras quitarte esos vestidos, la balsa abandona a los vientos, / que se la lleven, y, nadando a dos brazos, intenta el arribo / al país de los feacios, donde *está destinado que escapes*” (cursivas mías). Sobre el retorno de Odiseo, como parte de su moira, cf. Homero (2014: v, 41 y 114).

<sup>19</sup> *πάντα κατὰ μοῖραν*, cf. Homero (2014: ix, 307-307).

<sup>20</sup> “No obraste conforme a lo justo”, *οὐ κατὰ μοῖραν ἔρξας*, cf. Homero (2014: ix, 350).

<sup>21</sup> *Impropia(mente)*: *παρὰ μοῖραν*, cf. Homero (2014: xiv, 509).

sobre la medida, más allá de la moira que asignan los dioses—. Es célebre el pasaje de la *Odisea* donde —se dice— Homero rompe con la moira de los dioses, y hace al hombre responsable de sus propios actos. No era moira, no era destino de Egisto tomar a Clitemnestra y matar a su esposo Agamenón. Pero este asunto va más allá de los objetivos de estas líneas. Valga apuntar que Egisto, según el parlamento de Zeus, hizo uso de su libertad (2014: I, 32-43).

Como ya se dijo, al lado de las varias moiras que se reciben al nacer, todos los vivientes reciben una porción fatal de muerte; por supuesto, también los animales. Homero narra la muerte de Argos, el perro de Odiseo: cuando éste vuelve a su casa, ve al perro y el perro lo mira; se reconocen mutuamente; Argos —ya viejo y descuidado, postrado en el estiércol y pulgoso—, sólo puede festejar con su cola, y baja las orejas; Odiseo se enjuga unas lágrimas, e interroga a Eumeo acerca de ese portento de perro. Tras la respuesta, Homero prosigue:

Dicho esto, entró en la casa, de hechura suntuosa,  
se fue directo a la sala, con los pretendientes egregios.  
Empero a Argos, *de la negra muerte la moira* al instante  
lo sujetó, tras mirar a Odiseo, en el año vigésimo (2014: XVII,  
324-327; cursivas mías).<sup>22</sup>

Esta moira que implica la muerte, es calificada como “fatal” —en griego *oloé* : pernicioso, *llena de* perniciosa, de perdición, de ruina— y es notable que Homero —siempre al final del verso— escriba como objetos directos *thánatón te móron te*, es decir, “y muerte y *móros*”, que podemos interpretar como “y muerte y moira”, o mejor, “tanto la muerte como la moira”. La gramática griega enseña que, cuando se unen dos cosas (dos palabras o dos conceptos) mediante la repetición de las partículas *te - te*, se indica la unión de conceptos que son o están íntimamente dependientes; en tal forma, ante *thánatón te móron te* podemos pensar que se trata de lo que en retórica se conoce como *hendíadis*: “la expresión de un concepto mediante dos palabras”: se dice “la muerte y la moira”, pero se quiere decir, “la moira de la muerte”. Quizá uno de

<sup>22</sup> La narración comienza en el verso 290.

los ejemplos más ilustrativos se encuentre al principio del relato que Agamenón hace de su propia muerte:

Divino Laertiada, habilidoso Odiseo,  
ni me sometió Posidón en mis naves,  
excitando un soplo indeseable de vientos molestos,  
ni me dañaron en tierra unos hombres adversos,  
sino que Egisto, disponiendo *la muerte y la moira*,  
me asesinó, con mi esposa maldita, invitando a su casa,  
al darme una comida, como alguien mata un buey en su establo  
(2014: xi, 405-411; cursivas mías).<sup>23</sup>

Egisto le dispuso a Agamenón “la moira de su muerte”. Este relato nos lleva naturalmente al siguiente y último asunto de estas líneas, al de la *Kér* homérica, es decir, al de “la forma en que se muere”.

## V

Ya se dijo que en Homero una cosa es la muerte, y otra, el modo de morir, y que Aristóteles decía que el nacimiento y la muerte son algo común para todos los vivientes; pero los modos de morir difieren en cuanto a su forma. El texto de la *Odisea* citado anteriormente, es el inicio de la respuesta de Agamenón a la pregunta de Odiseo: “¿Qué *kér* de muerte asaz pesarosa te ha sometido?” Vale la pena ver la pregunta completa.

¡Gloriosísimo Atrida, Agamenón, señor de los hombres!  
¿Qué *kér de muerte* asaz pesarosa te ha sometido?  
¿Acaso, pues, te sometió Posidón en tus naves,  
excitando un soplo indeseable de vientos molestos?  
¿Acaso te dañaron en tierra unos hombres adversos,  
al robarles sus bueyes y sus hermosas greyes de ovejas,  
o al combatir por una ciudad y sus tiernas mujeres? (2014: xi, 397-403).

<sup>23</sup> Sobre la misma construcción, cf. ix, 61; xvi, 421, y xx, 241.



Esta conversación tiene lugar en el Hades, unos diez años después del final de la guerra de Troya, tras la cual, Odiseo y Agamenón siguieron rutas distintas en su regreso a casa. Odiseo no sabía nada sobre la muerte de Agamenón; resulta natural que sólo al verlo en el Hades se entere de su muerte, y que no sepa cómo murió. Sin duda desde antes de Homero es natural la curiosidad —sana o malsana— de saber cómo murió alguien. Ante la noticia de que alguien murió, solemos preguntar: “¿Qué pasó? ¿Qué le pasó? ¿Cómo estuvo?” En Homero, ante dicha noticia, la pregunta sobre cómo murió alguien se formula así: “¿Qué *kér* de muerte lo sometió?” Las respuestas pueden ser múltiples, como son múltiples las formas de morir. En su pregunta, Odiseo se imagina algunos posibles tipos de *kêres* que, dados aquellos tiempos, pudieron dañar mortalmente a Agamenón, pero éste niega todas esas posibilidades y hace un resumen de los hechos: “Egisto, disponiendo la muerte y el hado, / me asesinó, con mi esposa maldita, invitando a su casa, / al darme una comida, como alguien mata un buey en su establo” (2014: xi, 409-411). Triste caso que, por cierto, nos ilustra un antaño modo de matar a los bueyes: les echaban su forraje en el suelo, o en un recipiente puesto en el suelo y, cuando el animal agachaba la cabeza para comer, le lanzaban el golpe mortal con un hacha que le cortaba los tendones de la nuca.

No pasó al español la palabra griega *κηρ*, que podría transcribirse como *quer* o *cer*, y que aquí se transcribe como *kér*. El latín tampoco tiene esta palabra —no la heredó del indoeuropeo—, pero tiene la palabra *caries*, que pertenece a la familia de *kér*. Casi todos sabemos lo que es una “caries”, palabra que nos da una buena idea del sustantivo griego *kér*, femenino. Sin embargo, mientras “caries” es “úlceras o descomposición del hueso”, sobre todo de los dientes, el sustantivo *kér* tiene significado agente, es, digamos, la *descomponedora*, la que descompone, la que corrompe, la que pierde. Normalmente se traduce como “muerte / calamidad / daño / peste”, y, personificada, como “la diosa de la muerte / la diosa fatal”.

Volviendo al tema, para aclarar algo más este uso homérico, vale apuntar que, en el Hades, Odiseo interroga a su madre exactamente con las mismas palabras, mediante el mismísimo verso, para ser más exactos; y lo ilustrativo de esta conversación estriba en que nos enteramos de

otros tipos de *kêres*: “¿Qué *kér* de muerte asaz pesarosa te ha sometido? / ¿Una larga enfermedad? ¿O Ártemis, tiradora de flechas, / te dio muerte, acercándose a ti, con sus suaves saetas?” (2014: xi, 171-173). Morir a causa de estas “suaves saetas” de Ártemis habla de una muerte apacible, de una muerte cuyas causas se desconocen; podríamos decir que se refiere a una muerte natural; quizá conocemos algunas. En nuestro pasaje, ya sabemos cómo o de qué murió Anticlea: no murió de una larga enfermedad; la madre de Odiseo murió de tristeza, añorando a su hijo.

Valgan otras dos breves observaciones sobre la *kér* de Homero en la *Odisea*. La *kér* es “negra”, *mélaina*, y las *kêres* son “malas”, *kakaí*, sobre todo cuando están asociadas con la muerte; sin embargo, y al contrario de la *moira*, que es inalienable, la *kér* —igual que la *caries*— es evitable: por ejemplo, si no quieres morir en un naufragio, aléjate del mar. En general, Homero asocia la *kér* con el *thánatos* (la muerte), o con el *phónos* (homicidio), y cuando, unida a la muerte, nos la presenta en plural —*thánaton kai kêras*—, siempre se refiere a las diosas de la muerte, a las Parcas, y siempre habla de “evitarlas, o de no evitarlas”. Literalmente nos habla de “la muerte y las Parcas”, y, como ya se apuntaba, puede entenderse “las diosas de la muerte”, las Parcas. Valga un ejemplo tomado del Canto xxii. Como contexto, cabe recordar que los pretendientes de Penélope, inmediatamente después de que Odiseo mata a Antínoo con una amarga saeta, saltaron de sus tronos, turbados, mirando hacia todas partes en busca de un clípeo o de una lanza para defenderse; luego, reprendieron a Odiseo, y, finalmente, en nombre de todos, Eurímaco le pide perdón y le ofrece indemnización por todo lo que le habían comido o bebido o sustraído de sus propiedades; entonces:

Viéndolo torvamente, le dijo el ingenioso Odiseo:  
 “Eurímaco, ni si me pagarais todos los bienes paternos,  
 cuantos hoy tenéis, y añadierais otros de alguna otra parte,  
 ni aun así detendría yo mis manos de esta matanza,  
 antes de que los pretendientes, su delito pagaran del todo.  
 Ante vosotros hoy sólo queda o pelear frente a frente,  
 o huir, si es que uno puede *evitar la muerte y las Parcas*.”

Mas no creo que alguien huya de la áspera muerte” (2014: xxii, 60-67; cursivas mías).<sup>24</sup>

Al final de la matanza, nos cuenta Homero, “Odiseo miró en torno, por su casa, si aún se ocultaba / vivo, algún hombre, buscando evadir su negro destino” (2014: xxii, 381-382), su *kêra mêlainan*. Siendo más específico en cuanto a la *kêr*, en cuanto al tipo de muerte, Homero suele hablar de *phónon kaî kêra*, de “homicidio y *kêr*”, es decir, del tipo de muerte, o de morir, por homicidio. En el Canto II oímos por primera vez esta expresión en boca de Haliterses, quien superaba a sus coetáneos “en conocer las aves e interpretar los signos fatales”:

Escuchadme ahora, itacenses, lo que voy a deciros;  
digo estas cosas, dirigiéndome más a los pretendientes,  
pues sobre ellos se vuelca un gran infortunio: Odiseo  
no estará mucho tiempo lejos de sus amigos, mas hoy,  
estando cerca, *homicidio y muerte* a éstos les planta,  
a todos... (2014: II, 161-165; cursivas mías).<sup>25</sup>

En seguida, Haliterses exhorta a los pretendientes a calmarse, y al pueblo indolente, a que los calme. Pero sólo se mofaron de sus augurios, e incluso lo amenazaron con una multa, si seguía incitando al pueblo. Quizá cabe advertir que, igual que Egisto, los pretendientes fueron advertidos y no hicieron caso; igual que Egisto, murieron, pero, a diferencia de Egisto, ellos no tenían escapatoria: “a éstos, a los pretendientes, *los* sometió la moira divina”.

## VI

De homicidios y muertes, es decir, de muertes por homicidio, está llena la *Odisea*, sobre todo el Canto xxii y el xxiv, y en otro lado se recuerdan las innumerables muertes de este tipo que se dieron en

<sup>24</sup> Pueden verse otras *kêras*, otras Parcas en II, 352; V, 387; XVII, 547, etcétera.

<sup>25</sup> También puede verse la misma expresión en IV, 273 y XVII, 82.

Troya: los argivos llevaron a los troyanos “homicidios y muertes”, *phónon kai kêra* (2014: VIII, 511-513). Homero fue y es un modelo en muchos ámbitos, pero en el de describir las *kêres*, en el de asesinar, es —digamos— un especialista. Los que han examinado con lupa la *Iliada*, dicen que nadie ahí se muere de la misma manera; y no hay que ser especialista para advertir que sus muertes son modelos de descripción que aconsejarán después los preceptistas del estilo, desde la antigüedad. Pareciera que Homero disfruta mostrando cómo mueren los que se mueren. Tocando un poco el tema que nos ha ocupado, Raoul Schrott escribe: “[la *Iliada*] se presenta como la típica primera obra de un escritor ambicioso que, en su idealismo juvenil, por principio, también presenta con desprecio toda riqueza: entre más oro alguien tiene en la *Iliada*, con tanto mayor placer sarcástico Homero le describe su muerte” (Schrott, 2008: 167).

Dos ejemplos tomados de la *Odisea*: la muerte de Antínoo y la de Liodes. Antínoo era el jefe de los pretendientes de Penélope, y pretendiente él mismo; noble; el más rico, a juzgar por sus regalos; semejante a un dios; el que se atrevía a responder cuando los otros se quedaban mudos; soberbio, provocador; “insolente de marca” y “semejante a la negra muerte” (según Penélope).

[Odiseo] dirigió contra Antínoo una amarga saeta.  
 Cierta, éste se hallaba a punto de alzar una copa preciosa,  
 áurea, de doble asidero, y ya la movía entre sus manos,  
 para beber vino [...]  
 A él apuntando Odiseo, con su flecha golpeó en la garganta,  
 y fue de lado a lado, por el muelle cuello, la punta.  
 Se dobló hacia atrás, y la copa cayó de su mano,  
 al ser golpeado, y de sus narices luego brotó densamente  
 un chorro de sangre humana; empujó desde sí con vehemencia  
 su mesa, al golpear con un pie, y derramó la comida en el piso:  
 se manchaban el pan y las carnes cocidas (2014: xx, 8-11, 15-21)

Liodes era el ministro de ofrendas de los pretendientes. Casi al final de la matanza, implora perdón a Odiseo —*de rodillas*, de acuerdo con el verbo griego que se usa—, argumentando que no hizo nada malo,

sino que incluso intentaba calmar a los pretendientes, cuando éstos cometían sus desmanes. Odiseo, viéndolo torvamente, refutó su argumentación, y

así habiendo hablado, tomó en su mano fornida una espada  
que ahí estaba, que Agelao había dejado caer en el suelo  
al ser matado; con ella, lo golpeó en medio del cuello,  
y la testa del que aún hablaba se mezcló con el polvo (2014: xxii,  
326-329).

¿Por qué el lector imagina que aún hablaba la testa, cuando se mezclaba con el polvo?

## VII

Al comenzar estas líneas se decía que aquí sólo se iba a presentar un bosquejo de lo que Homero dice de la muerte en la *Odisea*, mediante una colación más o menos estructurada de los conceptos más significativos —mucho de ellos vale también para la *Iliada*—, y que no se iba a entrar en la interpretación religiosa o mitológica. Valga, pues, terminar apuntando que, con cierta frecuencia, en la *Odisea* se oyen expresiones como “ojalá con los muertos me hallara”; “ojalá me perdieran los dioses”; “preferiría estar muerto”; “con mucho sería lo mejor estar muerto”. ¿Hay situaciones tan difíciles, en las cuales alguien, en serio, puede o quisiera decir eso? Las hay, según Homero; y, en general, se trata de querer morir para algo, o de preferir la muerte antes que soportar alguna situación.

Eupites, el padre de Antínoo, al enterarse de la muerte de su hijo, se enfurece, reúne al pueblo y, con odioso pesar, los arenga a ir tras los asesinos, porque, si no los castigamos —dice—, para mí no sería agradable vivir, preferiría hallarme con los muertos (2014: xxiv, 432-436). Penélope, en lugar de consumir su vida gimiendo y deseando a su esposo, quisiera que la perdieran los dioses, pero —prudente como era—, se deseaba una “suave muerte”, y no sólo para huir de su gemebunda vida, sino para ver a Odiseo, a quien consideraba muerto, y

para no deleitar en nada la mente de los pretendientes que, según nos dice Homero, dos veces y muy pudorosamente, “todos tenían el deseo de acostarse a su lado, en la cama” (2014: xviii, 201-205; xx, 79-82; i, 366; xviii, 213). Odiseo, a punto de naufragar en el ponto, exclama: “¡Ojalá, ojalá hubiera muerto yo, y encontrado mi suerte / el día en que muchísimos teucros sus picas provistas de bronce / me arrojaron [...] mas era mi destino que hoy fuera presa de mísera muerte!” (2014: v, 308-312); y, siendo aún un mendigo, al enterarse de los desmanes que maquinan los pretendientes en su palacio, dice que preferiría estar muerto, asesinado en su propio palacio, antes que ver por siempre tales acciones.<sup>26</sup>

Esquilo parece recordar todo esto, al escribir que la muerte es más gloriosa que una vida llena de fatigas; pero, ¿qué tan fatigosa tiene que ser la vida para pensar en cambiarla por la muerte? De algún modo, estos pasajes recuerdan lo que Sócrates dice en la *Apología*: es mejor morir que ser infiel al deber, o a lo que uno piensa o siente (Platón, 1995: 28d); quizá, pues, la muerte no es el mayor mal, sino sólo uno de los mayores y, de éstos, el menos temible. Para el hombre bueno, la muerte sólo es un sueño profundo y dulcísimo, y tanto más dulce si se llega a ella sin nostalgia; así Odiseo, “deseando mirar por lo menos el humo que se alza / de su tierra, morirse desea” (Homero, 2014: i, 55-59).

#### FUENTES CONSULTADAS

ALEJANDRO DE AFRODISIA (2009), *Sobre el destino*, intr., trad. y notas de José Molina Ayala y Ricardo Salles, México: Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).

<sup>26</sup> “que un hombre extranjero cortara mi testa, / si yo no me hiciese desgracia de todos aquellos, / yendo al palacio de Odiseo Laertíada. / Mas, si por su número me sometieran, hallándome solo, / preferiría, asesinado en mi propio palacio, / estar muerto, antes que ver por siempre estas viles acciones: / que los huéspedes son maltratados, y a las mujeres sirvientas / las estupran sórdidamente en el bello palacio” (Homero, 2014: xvi, 102-109).

- ARISTÓTELES (1837), *De respiratione*, en *Opera*, tomo III: Ex recensione Immanuelis Bekkeri, Oxonii: E Typographeo Academico.
- BURKERT, W. (2007), *Religión griega arcaica y clásica*, trad. de Helena Bernabé, Madrid: Abada Editores.
- EPICTETO (1916), *Dissertationes ab Arriano digestae*, edic. de H. Schenkl, Leipzig: Teubner.
- FRISK, H. (1973), *Griechisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg: Carl Winter.
- HOMERO (2005), *Iliada*, intr., trad. rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño, México, UNAM (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- HOMERO (2014), *Odisea*, prólogo, versión rítmica e índice de nombres propios de Pedro C. Tapia Zúñiga, estudio introductorio de Albrecht Dihle, México, UNAM (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- LEOPOLD, E. F. (1999), *Lexicon Graeco-Latinum Manuale*, Bolonia: Arnaldo Forni (editionis lipsiensis [1852] phototypica reimpressio).
- NILSSON, M. P. (1941), *Geschichte der griechischen Religion*, vol. I, München: C. H. Beck.
- NILSSON, M. P. (1950), *Geschichte der griechischen Religion*, vol. II, München: C. H. Beck.
- PLATÓN (1995), *Apología de Sócrates, Fedón*, en *Platonis Opera*, vol. I, Oxford: Clarendon Press Publication (Oxford Classical Texts).
- PLATÓN (1922), *Apología de Sócrates, Gorgias*, en *Platonis Opera*, vol. III, Oxford: Clarendon Press Publication (Oxford Classical Texts).
- PLUTARCO (1996), *Acerca del destino*, intr., trad., notas e índice de palabras de Pedro C. Tapia Zúñiga y Martha E. Bojórquez Martínez, México: UNAM (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).
- VERNANT, J.-P. (2001), *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*, trad. de Javier Palacio, Barcelona: Paidós.
- SCHROTT, R. (2008), *Homers Heimat. Der Kampf um Troia und seine realen Hintergründe*, München: Carl Hanser Verlag.

Fecha de recepción: 12 de junio de 2016  
Fecha de aceptación: 18 de septiembre de 2016